

La teología en camino

Una guía

Antxon Amunarriz Urrutia

Antxon Amunarriz

La teología en camino

Una guía

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Imagen de cubierta: *Blue curved acrylic brushstroke*, ©Shutterstock
(ElenaG177).

© Antxon Amunarriz, 2019
© Editorial Verbo Divino, 2019

Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)
Impreso en España - *Printed in Spain*
Depósito Legal: NA 1989-2019
ISBN: 978-84-9073-526-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Índice

Presentación	7
Antes de empezar.....	11
Indicaciones iniciales. Identidad y relevancia.....	13
Preparación. La epistemología teológica.....	25

PRIMERA PARTE
AUDITUS FIDEI
LA TEOLOGÍA A LA ESCUCHA
DE LOS CREYENTES DEL PASADO

Objeto y método.....	43
Primera etapa. La teología prebíblica.....	47
Origen	47
Propósito.....	49
Plan.....	51
Debate	56
Segunda etapa. La teología bíblica.....	59
Origen	59
Propósito.....	61
Plan.....	64
Debate	72
Tercera etapa. La teología posbíblica	75
Origen	75
Propósito.....	78
Plan.....	80
Debate	87

SEGUNDA PARTE

INTELLECTUS FIDEI

LA TEOLOGÍA AL HABLA

CON LOS CREYENTES DEL PRESENTE

Objeto y método.....	91
Cuarta etapa. La teología dogmática.....	95
Origen	95
Propósito.....	97
Plan.....	100
Debate	104
Quinta etapa. La teología moral	107
Origen	107
Propósito.....	109
Plan.....	112
Debate	116
Sexta etapa. La teología práctica	119
Origen	119
Propósito.....	122
Plan.....	124
Debate	128
Indicaciones finales. Declaraciones y calificaciones.....	131
Al terminar	135
Apéndice. Aquella renovación teológica.....	139
Orientación bibliográfica.....	155

Presentación

La guía de teología ofrecida a continuación recorre el largo e intrincado camino de esta ciencia peculiar. Se propone mostrar sus distintos componentes en el transcurso del trayecto; en particular, los más influyentes, los que determinan el desarrollo investigativo. Avanza, pues, pausadamente, sin precipitarse.

Antes de tomarla, esperando encontrar en ella una ayuda provechosa, una mano orientativa y animadora, conviene saber que ha sido ideada para determinados destinatarios, sin excluir por ello a nadie que quiera asomarse a sus páginas.

Ha sido trazada, ante todo, *para los que empiezan el estudio teológico*, con maestros señalados o por su propia cuenta, y *para los que lo concluyen*, en algún centro académico o en medios menos rigurosos. Tanto unos como otros experimentan con frecuencia no pocas dificultades para orientarse en el ancho y variado campo que asoma ante ellos, aparentemente fragmentado en parcelas inconexas y carente de leyes o criterios que dirijan la búsqueda.

Ha sido pensada también *para investigadores* concentrados en un sector particular de la teología, y *para pensadores* interesados en temas específicos del mensaje cristiano. Ambos tipos de estudiosos demuestran en ocasiones cierta estrechez, cierta falta de perspectiva en el tratamiento de los puntos abordados, solo inteligibles en el seno del amplio cuadro del que forman parte, en el interior del gran conjunto en el que juegan un papel diferenciado.

Ha sido preparada asimismo *para agentes de pastoral* que quieren consolidar su vivencia de fe, y *para fieles más solitarios* que tratan de clarificar su experiencia creyente. Tanto los primeros como los últimos echan en falta a veces textos más orgánicos y mejor fundamentados que los libros de base que reciben o encuentran, muy útiles en otros momentos, pero demasiado elementales en una hora clave para responder a sus preguntas y cuestiones.

Ha sido diseñada igualmente, hay que decirlo sin miedo, *para los que han abandonado* el cristianismo, y *para los que han rechazado* todo credo religioso. A algunos de ellos, probablemente muy pocos, les gustaría poder escuchar una explicación formal, especializada de un evangelio de vida que, a pesar del rostro desapacible que ha adquirido a sus ojos, no deja de resultarles sugerente e, incluso, fascinante, por su insólita visión de Dios y del hombre.

Estos son los destinatarios. Constituyen sin duda grupos muy diferentes entre sí; pero todos buscan lo mismo, si bien con inquietudes e intenciones diversas: un trazado, un itinerario que les permita recorrer el camino de la teología sin perderse.

Dos *advertencias elementales* ayudarán a valorar y utilizar adecuadamente esta guía de teología, condicionada, como habría que tenerlo en cuenta, por sus opciones de base.

La primera se refiere al *fondo*. Siendo un trabajo de iniciación, se limita a desentrañar la trama o trayectoria arquetípica de la exploración teológica, por más que no deja de insistir reiterativamente que esta trama o trayectoria ha de encarnarse siempre en situaciones históricas particulares, determinadas por exigencias ineludibles. Esto justifica su tono, a la vez, firme y flexible.

La segunda advertencia alude a la *forma*. Puesto que es un texto facilitador, no pasa de dibujar un esbozo, un boceto esquemático de la búsqueda teológica, aunque se arriesga a com-

plementar en ocasiones este esbozo, este boceto, con desarrollos de distinto tipo y alcance, que apuntan pistas para posibles despliegues ulteriores. Esto explica su aire en parte definido y en parte suelto.

Antes de empezar

Antes de empezar, la teología anota los *principios directivos* a los que ha de atenerse hoy, en el clima de la reflexión creyente posconciliar, aquilatada con el paso de los años. Se trata de requisitos básicos, pero que marcan la orientación de fondo.

El primero, el más importante, manda concentrar la atención en el *objeto esencial*, en Dios, que se ha revelado en el corazón del mundo. Toda indagación teológica aborda hoy el ser y el actuar divinos como su tema señero, como su argumento primordial. Se esfuerza así en no desviarse entre las múltiples cuestiones y preguntas que le asedian sin cesar, poniéndolo en peligro de relegar e, incluso, de abandonar su responsabilidad definitiva, la responsabilidad inscrita en el título con que se identifica.

El segundo principio, decisivo también, fuerza a adoptar el *enfoque adecuado*, contemplando la manifestación de Dios en la historia en la que ha acontecido. Cualquier profundización teológica se adentra actualmente en el espacio y el tiempo salvíficos, que constituyen su ámbito de comprensión, su medio hermenéutico. Procura de esta forma dominar la tendencia a huir de ese terreno movedizo, tan frágil, para colocarse en planos aparentemente más estables y seguros, pero incapaces de iluminar el suceso estudiado.

El tercer principio, igualmente clave, exige seguir el *método propio*, que rastrea el pasado y el presente de la comunicación de Dios, nunca interrumpida. Toda andadura teológica recorre en esta época el sendero sinuoso de la fe, fiel a su itinerario

ineludible, a su programa irrenunciable. Se empeña por ello en ir paso a paso, guardando el ritmo requerido y sin detenerse ni afincarse en un estadio u otro de la marcha, fija la mirada en todo momento en la ruta de viaje trazada desde un comienzo con toda precisión.

El cuarto principio, no menos relevante, pide avivar el *impulso teologal*, necesario para esclarecer la desvelación de Dios, solo accesible a quien cree, espera y ama. Cualquier exposición teológica parte en este tiempo del impacto y el deslumbramiento espirituales, que desencadenan su exigente tarea, su costosa labor, e intenta consecuentemente dejarse conducir en su discurso por el Espíritu, evitando actitudes autárquicas o posturas dependientes, con la ayuda de quienes conocen los rumbos de la aventura religiosa.

El quinto principio, de no poco valor tampoco, invita a situarse en el *ámbito eclesial*, único espacio en el que aflora la apertura de Dios, recogida por los fieles. Toda investigación teológica se lleva a cabo hoy en el seno de la comunidad creyente, donde se hallan sus fuentes primarias, sus informaciones originales. Trata, por tanto, de adentrarse en la relación y la comunión fraternas, en la vivencia y la experiencia que encierra, sin ceder a grupos alternativos opuestos o discordantes, bajo la dirección segura de los pastores.

El último principio, de gran resonancia, impele a insertarse en el *contexto social* en que se vive, en el que ha de ser asimilada la irrupción de Dios, fraguada en un pueblo concreto. Cualquier reflexión teológica implica en la actualidad una ubicación comprometida en la vida de las gentes, en esa vida necesitada de su apoyo resuelto, de su sostén decidido. Asume de este modo una postura de fuerte alcance fraterno, superando inhibiciones antievangélicas, aunque también lanzamientos que nada tienen de cristianos.

Al decidir atenerse a estos principios, a estos requisitos, la teología marca de antemano su orientación, la orientación que le dará el tono inconfundible de la Iglesia posconciliar.

INDICACIONES INICIALES

Identidad y relevancia

La teología tiene unas actuaciones básicas, que han de recogerse como indicaciones iniciales. Por un lado, fija su denominación y su composición, expresando su identidad; por otro, asume su ubicación y su dirección, haciendo ver su relevancia.

Denominación

La teología da a la palabra con la que se autodenomina un significado particular. Este significado, distanciándose de los sentidos conocidos en el medio cultural grecorromano, ha tomado cuerpo lentamente en el ámbito del pensamiento cristiano¹.

1. En el **medio cultural grecolatino**, la palabra *teología* corrió de boca en boca, adquiriendo en ciertos momentos de especial creatividad filosófica un alcance semántico nuevo.

- La utilizó ante todo *Platón*. *Teología* denominaba la narración mitológica que habla de la intervención de los dioses en el mundo de los hombres, creada por los antiguos poetas para transmitir un mensaje de hondo sentido para la vida.

¹ Sobre el significado de la palabra *teología* (en la Iglesia), cf. Y.-M. Congar, *La fe y la teología*, Barcelona 1981, pp. 172-174; E. Schillebeeckx, *Revelación y teología*, Salamanca 1969, pp. 91-97; W. Kern y F. Niemann, *El conocimiento teológico*, Barcelona 1986, pp. 45-59; O. González de Cardedal, *El quehacer de la teología*, Salamanca 2008, pp. 21-35.

- La empleó después *Aristóteles*. *Teología* designaba la filosofía primera o metafísica, que, tras la matemática y la física, estudia el ser que se mantiene por sí mismo y que sostiene los seres incapaces de apoyarse en su propia realidad.
- La usó más tarde *Varrón*. *Teología* llamaba él a la práctica de la religión, del culto a los dioses, promovida por el Estado, a la vez, para honrarlos y para convertirlos en fundamento del orden político, necesitado de una autoridad intocable.

Así, en el medio cultural grecolatino, con la palabra *teología* se aludió a la mitología, la metafísica y la política, apuntando la presencia de la divinidad en la marcha de la existencia, la constitución de la realidad y la ordenación de la convivencia. En los tres casos se trató de un hablar de Dios desde abajo, de lo que los hombres dicen de él a partir de sus experiencias y cavilaciones.

2. En el **ámbito del pensamiento cristiano**, la palabra *teología* ha pasado igualmente de unos a otros, consiguiendo poco a poco el alcance semántico unificado que ostenta hoy.

- Los *Padres*, al final de la Antigüedad, apenas la han utilizado. Temiendo que fuera entendida en alguna de las acepciones anteriores, han denominado *doctrina sagrada* a la clarificación de la revelación divina, a pesar de ser lo que esta voz expresaba. Con todo, en varias ocasiones han designado *teología* a la sección de esa clarificación dedicada al ser y al obrar de Dios (o solo a su ser, cuando su obrar era abordado aparte, en otra área titulada *economía*); alguna vez han llamado también *teología* a la búsqueda religiosa de la filosofía pagana, considerada incomparablemente inferior a la captación creyente de la reflexión cristiana.
- Los *escolásticos*, durante el Medievo, la han empleado más a menudo. Por influjo de los Padres, han seguido denominando *doctrina sagrada* a la exposición de la revelación de Dios, aunque han combinado esta designación con la

de *página santa*. Pero cada vez han hablado más de *teología*, si bien para referirse a la parte de esa exposición consagrada a la divinidad. Con ello, han hecho que esta palabra, arraigada en los medios monásticos con el significado de «mística», se haya afianzado en los círculos académicos, adquiriendo la fuerza necesaria para poder titular el conjunto de la presentación del hecho revelatorio, testificado en la Biblia (*Scriptura*) y esclarecido por los Padres (*auctoritates*).

- Los *teólogos*, al inicio de la modernidad, la han usado habitualmente. Lejos de los escolásticos, han pasado a denominar *teología* la explicación de toda la revelación divina, abandonando poco a poco las designaciones *doctrina sagrada* y *página santa*. Pero se ha producido una reducción: como esa explicación había adoptado un tenor racional, su título no podía menos de apelar a una explayación argumentativa del suceso revelatorio, que ladeaba aspectos capitales. Esta reducción ha llevado a la elaboración de ampliaciones complementarias, llamadas indistintamente *teologías*, por más que cada una con un calificativo identificador propio: positiva, dogmática, espiritual, moral, apologética, pastoral; era el comienzo de la fragmentación del cuerpo teológico.

De esta forma, en el ámbito del pensamiento cristiano, con la palabra *teología* se ha nombrado, cada vez más claramente, la presentación humana de la revelación divina, motivada por el anhelo íntimo del creyente de exponer en profundidad este acontecimiento supremo. Siempre se ha tratado de un hablar de Dios desde arriba, de lo que los hombres dicen de su auto-comunicación.

Composición

La teología compone su presentación de la revelación divina con dos categorías fundamentales: la analogía y la narración. Se sirve de la primera para evocar a su protagonista, provenien-

te de una trascendencia ignota, y echa mano de la segunda para describir su realización, ocurrida en la historia humana².

1. Los teólogos han advertido desde antiguo que la **analogía** es para el hombre de fe no solo la condición de los términos que nombran realidades intramundanas parecidas, sino sobre todo la índole de ciertos vocablos que designan aspectos similares del mundo y el Dios que asoma ante él³. Han aclarado que, aunque el creyente podría vislumbrar con su capacidad natural, con su razón, los rastros del Creador en las obras creadas (por la «analogía entis»), necesita de hecho la ayuda de la potencia sobrenatural, de la fe, dada propiamente para descubrir los rasgos del Salvador en las gestas salvíficas (por la «analogía fidei»). Han mostrado que esta aquilatada categoría lingüístico-mental contiene distintos momentos.

- Primero, *afirma*, señalando la semejanza: la potencia y la armonía del cosmos reflejan la potencia y la armonía de Dios; la inteligencia y la solicitud del hombre desvelan la inteligencia y la solicitud divinas... Así, la analogía tantea al Creador, sabiendo que él ha permitido que la criatura divise sus cualidades más sobresalientes en las condiciones del medio cercano.

² Sobre la analogía en la teología, cf. J. G. Caffarena, «Analogía del ser y dialéctica en la afirmación humana de Dios», *Pensamiento* 16 (1960) 143-174; y P. A. Sequeri, «Analogía del ser», *Diccionario teológico interdisciplinar*, vol. I, Salamanca 1985-1987, pp. 400-412; sobre la narración en la teología, cf. H. Weinrich, «Teología narrativa», *Concilium* 85 (1973) 210-221, y C. Rocchetta, «Teología narrativa», *Diccionario de teología fundamental*, Madrid 1992, pp. 1480-1484.

³ De ordinario se opone la analogía al concepto, animando a saltar de la primera, figurativa y aproximada, al segundo, abstracto y perfilado. Pero hay que notar que la analogía es capaz de contener el germen de un concepto. Así, se podría alentar a ahondar en la analogía para desplegar el concepto que sugiere. Esta penetración haría volver de la especulación griega, buscadora de lo universal, a la descripción hebrea, atenta a lo particular.

- Después, *niega*, indicando la desemejanza: ninguna de las reducciones palpables en el cosmos se da en Dios; ninguna de las limitaciones detectables en el hombre existen en él... De esta forma, la analogía respeta al Creador, consciente de que él no ha dejado que la criatura vea más que huellas borrosas de sus propiedades mayores en las realidades circundantes.
- Por último, *ensalza*, notando la superioridad: la majestad y la sublimidad del cosmos son mínimas ante las de Dios; la apertura y la intimidad del hombre resultan ínfimas frente a las divinas... De este modo, la analogía admira al Creador, sabedora de que él ha concedido que la criatura otee sus inmensidades más notables en las grandezas del entorno inmediato.

Los teólogos han sabido siempre que al mirar las obras creadas se debe intuir tanto su semejanza como su desemejanza con el Creador, y, más allá de ambas, su pequeñez ante él. Pero han privilegiado con frecuencia o la primera, cediendo a un catafatismo excesivo, o la segunda, cayendo en un apofatismo desmedido. No obstante, han tenido en cuenta la llamada del IV Concilio de Letrán a reconocer la semejanza de todo cuanto existe con su Hacedor, notando, eso sí, que la desemejanza entre ellos es mucho mayor.

2. Los teólogos han declarado recientemente que la **narración** es para el hombre de fe no una simple relación superficial de hechos sucesivos, carente de cohesión interna, sino una honda presentación, una exposición en profundidad de acontecimientos entrelazados, marcada por una íntima trabazón⁴. Han

⁴ Ordinariamente se contraponen la narración al sistema, empujando a pasar de la primera, móvil y superficial, al segundo, fijo y profundo. Sin embargo, se ha de advertir que la narración puede encerrar el esquema de un sistema. De esta forma, cabría impulsar a adentrarse en la narración para desarrollar el sistema que apunta. Este adentramiento ayudaría a regresar del orden griego, siempre quieto, al plan hebreo, en continuo avance.

explicado que, si el creyente puede percibir con sus recursos naturales, con su razón, cierto ritmo en la historia humano-divina (contenido de una «narración religiosa»), necesita imprescindiblemente los medios sobrenaturales, la fe, para vislumbrar su último, su radical movimiento (argumento de una «narración teológica»). Han hecho ver que esta nueva categoría literario-conceptual tiene varias dimensiones.

- Ante todo, mira la *hondura* de la actuación divina. La narración cuenta el descenso de Dios, que, llegado al mundo, baja de la superficie al fondo, sumergiéndose en la raíz escondida de la que todo brota: descubre su afán por constituirse en el vértice, en el foco polarizador del conjunto humano.
- También contempla la *anchura* de esta acción divina. La narración refiere el influjo de Dios, que, desde la urdimbre del mundo, deja correr su aliento vital, purificando y dinamizando la realidad entera: revela su empeño por convertirse en el corazón, en el centro impulsor del crecimiento humano.
- Asimismo, otea la *largura* de esta actividad divina. La narración describe el camino de Dios que, compenetrado con el mundo, marcha más allá del espacio y el tiempo, marcando el destino universal: desvela su esfuerzo por transformarse en el guía, en el dirigente orientador del proceso humano.

Los teólogos han tomado conciencia en la actualidad de la necesidad de mantenerse dentro de la historia de la salvación, sin abandonar su cauce. Sin embargo, han seguido a menudo sendas más seguras o asequibles, elaborando tanto sistemas armónicos fijos como piezas sueltas, al margen de cualquier proyecto, y no han olvidado la invitación del Concilio Vaticano II a presentar el mensaje eclesial en perspectiva histórico-salvífica.

Ubicación

La teología se ubica en el seno de la Iglesia, consciente de ser un carisma, un don del Espíritu para la construcción comunitaria. Asume su responsabilidad con todos los requerimientos inherentes, ocupando el puesto que le corresponde en la organización eclesial y cumpliendo el ministerio que le compete en ella⁵.

1. El **puesto** que le corresponde a la teología en la organización eclesial es impreciso, poco definido, pues los que la abordan se mueven en medios y planos de diversa condición. Pero puede ser perfilado algo más, subrayando sus rasgos capitales.

- Para empezar, está *en la base, no en la cima*. El carisma de la teología es un carisma inmerso en el ágora del pueblo cristiano, en el foro del encuentro fraterno, donde se comparten la fe y la vida, donde se esclarecen la gracia recibida y la aventura asumida; no es un don específico de la autoridad, de la jerarquía, responsable de la unión de los hermanos en la fe y la caridad. Su medio, pues, tiene un tenor más laical que clerical.
- Además, respira un *aire fraterno, no solitario*. El servicio teológico es un servicio encomendado a un grupo, a un sector determinado del pueblo creyente, que forma una comunidad de estudiosos y expositores en continuo coloquio; no es un empeño de investigadores y transmisores independientes, que trabajan al margen del resto de los que

⁵ Sobre la ubicación eclesial de la teología (en su condición de carisma, de don del Espíritu para la construcción comunitaria), cf. K. Barth, *El lugar de la teología en Introducción a la teología evangélica*, Salamanca 2006, pp. 33-82; H. U. von Balthasar, *El lugar de la teología en Verbum caro*, Madrid 1964, pp. 193-207; O. González de Cardedal, *El quehacer de la teología*, Salamanca 2008, pp. 237-278; Congregación para la Doctrina de la Fe, *Donum veritatis. La vocación eclesial del teólogo*, Roma 1990.

piensan y enseñan unidos. Su espacio, por tanto, presenta un clima relacional, nunca aislante.

- Finalmente, guarda las *puertas abiertas, no cerradas*. El apoyo de la teología es un apoyo ofrecido a los que pertenecen (o desconocen o atacan) al pueblo de fe, después de escuchar sus demandas, de reconocer sus necesidades; no es un sostén elaborado a espaldas de todos y de todo, desconociendo lo que buscan y anhelan aquellos a quienes se quiere orientar e impulsar. Su ámbito, pues, posee un temple acogedor, no excluyente.

Así, el puesto de la teología, a pesar de ser un enclave de indagación y confrontación especializadas, ocupa una zona común, colectiva; brinda un ambiente cercano y respetuoso; y permanece disponible para todos, sin prejuicios ni discriminaciones.

2. El **ministerio** que le compete a la teología en la organización eclesial resulta más marcado y claro, si bien quienes la cultivan cumplen deberes y trabajos de distinta índole. No obstante, cabe fijarlo mejor, destacando sus cometidos principales.

- Comienza *discerniendo y recogiendo*. El primer objetivo de la teología es captar el anuncio de la comunidad cristiana; se trata de una tarea delicada, pues este anuncio se presenta rodeado de incontables elementos y envuelto en múltiples formulaciones: se impone un esfuerzo analítico y selectivo, que requiere, al mismo tiempo, penetración y prudencia para percibir el material irrenunciable de la larga y plural tradición apostólica.
- Continúa *interpretando y definiendo*. El siguiente propósito teológico es entender el mensaje de la comunidad creyente; se trata de una labor igualmente sutil, ya que este mensaje se presta a distintas presentaciones, a las más variadas exposiciones: se hace necesario un ejercicio hermenéutico y especulativo que pide por igual agudeza y cautela para determinar el alcance exacto de la originaria y específica comprensión oficial.

- Concluye *formulando y exponiendo*. El último afán de la teología es avivar el dogma de la comunidad eclesial; se trata de una obra no menos costosa, dado que este dogma está recogido en cuadros lejanos de los que cuesta sacarlo para colocarlo en marcos más cercanos: resulta imprescindible un trabajo conceptual y literario que exige, a un tiempo, intuición y mesura para fijar el cauce actual de la rica y perfilada doctrina heredada.

De esta forma, el ministerio de la teología, aun siendo un servicio tan creativo, recibe de la Iglesia sus elementos mayores: no solo el contenido que ha de abordar, sino incluso el criterio y el recurso con los que debe desentrañarlo y reactivarlo.

Dirección

La teología actúa bajo la dirección de los pastores de la Iglesia, responsables de la fe y la moral de quienes colaboran en la construcción comunitaria. Acoge su magisterio con la obediencia debida, aunque manteniendo la libertad que requiere⁶.

1. Sin una **obediencia** plena a este magisterio la teología no podría cumplir con verdadera solvencia su misión específica, que es precisamente explicar esa fe y esa moral. El motivo tiene peso dogmático: los obispos, en cuanto sucesores de los apóstoles, enseñan autorizadamente lo que disciernen que Cristo manda creer y practicar⁷. Así, la teología ha de atenerse por

⁶ Sobre la dirección magisterial de la teología (como carisma o don para la construcción comunitaria), cf. J. Alfaro, «La teología frente al magisterio», en *Problemas y perspectivas de teología fundamental*, Salamanca 1982, pp. 481-503; AA. VV., *Teología y magisterio*, Salamanca 1987; O. González de Cardedal, *El quehacer de la teología*, Salamanca 2008, pp. 491-519; Comisión Teológica Internacional, *Magisterio teológico*, Roma 1975.

⁷ Los obispos, en unión con el papa, o el papa, en nombre de los obispos, enseñan autorizadamente porque han sido capacitados por Cristo para interpretar en su auténtico sentido la revelación plena y definitiva de Dios. La razón de este magisterio, así fundado, radica en el carácter sacramental

necesidad a la enseñanza jerárquica («magisterium cathedrae pastoralis») si quiere justificar su instrucción científica («magisterium cathedrae magistralis»). Esta obediencia teológica conlleva exigencias inapelables.

- En primer lugar, pide un *esclarecimiento* cuidadoso. Los textos del magisterio emplean a menudo lenguajes de difícil comprensión, sobre todo si se ignoran los medios o climas en que han sido redactados. Se impone analizarlos literariamente y especificar el significado de sus palabras y expresiones.
- En segundo lugar, exige un *acatamiento* diferenciado. Los escritos magisteriales recogen por lo general pronunciamientos de distinto grado, según la importancia de las verdades o errores que exponen. Se necesita examinarlos canónicamente y señalar el alcance de sus declaraciones y definiciones.
- En tercer lugar, reclama un *ensanchamiento* dinamizador. Los documentos del magisterio apuntan con frecuencia temáticas de gran riqueza, unas veces de soslayo nada más, otras con cierta detención. Se requiere escrutarlos semánticamente y desplegar el campo de sus sugerencias e insinuaciones.

Esta obediencia es, a un tiempo, exigente y modulada; comporta, a la vez, aceptación incondicional e inteligencia reguladora, valentía para acoger sin reservas y sabiduría para discernir sin trabas. Le sostiene el vigor de la vocación carismática.

2. Sin una **libertad** real ante el magisterio, la teología tampoco podría llevar a cabo con auténtica solidez su propia misión, su explicación de la fe y la moral comunitarias. La razón, aun no siendo dogmática, resulta determinante: los teólogos,

de la Iglesia: ella, dirigida por sus pastores, es el signo actualizador de esa revelación escatológica, que tiene que aparecer enteramente clara y segura.

seguidores en cierto modo de los maestros profundizadores de la era apostólica, exponen hondamente lo que descubren que Cristo pide creer y practicar⁸. De esta forma, la teología debe moverse con soltura en su exposición científica (*expositio* «*cathedrae magistralis*»), complementaria de la declaración jerárquica (*declaratio* «*cathedrae pastoralis*»). Esta libertad teológica posibilita desarrollos imprescindibles.

- El primero es *de carácter global*. Lleva a cabo una reformulación de los grandes asertos de los textos del magisterio. No busca un mero cambio de lenguaje, sino un trasvase a nuevas categorías, algo necesario, ya que la teología, aun cuando ha de atenerse a estos textos, no debe limitarse a comentarlos.
- El segundo resulta *más parcial*. Opera una acomodación de ciertos puntos de los escritos magisteriales. No pretende propiamente un retoque estilístico, sino un reajuste conceptual, algo también inevitable, porque la teología, si tiene que respetar estos escritos, no puede contentarse con transmitirlos.
- El tercero es el *de mayor envergadura*. Ensayo una explayación de los densos contenidos de los documentos del magisterio. No intenta solo ampliar lo dicho, sino trascenderlo, algo asimismo irrenunciable, pues la teología, aunque ha de acogerse a estos documentos, no debe ceñirse a desentrañarlos.

Esta libertad es, por un lado, osada y, por otro, cauta; demuestra tanto creatividad atrevida como contención respetuosa, tanto apertura a lo desconocido como ligazón a lo experi-

⁸ Los teólogos, unidos a su modo, exponen autónomamente porque han sido impulsados por Cristo a descubrir en sus múltiples aspectos la revelación plena y definitiva de Dios (cuyo auténtico sentido interpreta el magisterio jerárquico). El motivo de esta exposición reside también en la índole sacramental de la Iglesia: ella, iluminada por sus maestros, es el signo actualizador de esa revelación escatológica, que debe brillar en toda su riqueza.

mentado. Le alienta igualmente la fuerza vocacional carismática.

Con estas actuaciones básicas, la teología **se define**, mostrando su configuración y su importancia, haciendo ver su identidad y su relevancia. La teología se manifiesta como:

- *una presentación en profundidad*: una exposición que ahonda hasta descubrir el fondo, en el que se percibe la esencia y se detecta la existencia, en el que se ve y se toca;
- *de la revelación divina*: de la apertura de Dios al hombre en la historia donde camina individual y colectivamente, de su apertura íntima y apasionada, plena y amorosa;
- *en la Iglesia*: en la comunidad cristiana, que le da luz y fuerza para penetrar, asumir y explicar este mensaje, y le pide lucidez y ánimo para entenderlo, vivirlo y difundirlo;
- *bajo la guía de los pastores*: de los responsables de la vitalidad y la autenticidad de la fe eclesial, de los encargados de impulsarla y tutelarla con su magisterio jerárquico.

La teología advierte que estas notas, unidas, forjan su definición esencial, de manera que, si, al presentarla, se omitiera cualquiera de ellas, quedaría incompleta, desvirtuada.